INICIACIÓN A LA ECONOMIA MARXISTA

ERNEST MANDEL

Crece, día a día, el interés de todos –estudiosos, militantes, de diversas tendencias, opinión pública- por la teoría económica y por el análisis de los mecanismos que condicionan el progreso social.
Los criterios que están en la base de la economía marxista o de la economía neocapitalista son sometidos hoy a revisión continua. Ello da lugar a nuevas situaciones en ambos polos ideológicos y a la aparición de formas mixtas. Sin embargo, las exposiciones analíticas y técnicas sobre las respectivas líneas de fondo de ambos procesos siguen siendo imprescindibles para hacerse con la clave de la actual evolución sociopolítica.
Ernest Mandel ha tenido la rara capacidad de reducir a unas pocas páginas –unas pocas lecciones orales, luego convertidas en libro- los resultados de su análisis. En ellas aparecen con claridad los rasgos esenciales de la concepción marxista de la economía y, como trasfondo, los de la evolución de la economía neocapitalista.
La brevedad y la diafanidad expositiva, unidas a la autoridad excepcional del autor en estas materias, han convertido este libro en el vademécum indispensable para toda persona interesada en conocer lo esencia de la economía. Otra cualidad interesa, todavía, subrayar: esto no es un libro propagandístico, sino de análisis. Su autor, desde luego, nunca esconde su criterio. Pero al lector discrepante nunca le resulta desagradable la lectura.

Nota del Traductor

I. la teoría del valor y de la plus-valía

En último análisis, todos los progresos de la civilización vienen determinados por el aumento de la productividad en el trabajo. Mientras la labor de un grupo humano sólo alcanza, a duras penas, a mantener la vida o subsistencia de los trabajadores, mientras no existe algún excedente o sobrante por encima de este producto indispensable, resultan imposibles la división del trabajo, la aparición del artesanado, las condiciones imprescindibles para la existencia y la actividad de los artistas y de los científicos. Por consiguiente, y con mucha más razón, no hay, mientras dure tal circunstancia, ninguna posibilidad de desarrollo de las técnicas que exigen aquellas especializaciones.

El excedente social

Mientras el rendimiento del trabajo sea tan bajo que el producto del trabajo de un hombre sólo baste para su propio sustento, no hay ni puede haber tampoco división *social*, diferenciación en el interior de la sociedad. Todos los individuos son, en este caso, productores; todos se encuentran en idéntico estado y nivel de privación y de incapacidad.
Todo aumento de la productividad del trabajo que supera aquel nivel mínimo, crea la posibilidad de un pequeño excedente, y desde el momento que existe un sobrante de productos, que dos brazos rinden más de lo que requiere su propia manutención, aparece la posibilidad de lucha por la distribución de este superávit.
A partir de entonces, el conjunto de la labor de una colectividad ya no está forzosamente destinado al mantenimiento de los productos. Una porción de este trabajo puede ser

destinada a liberar a otro sector de la comunidad de la necesidad de dedicarse tan sólo a su propio mantenimiento.
Cuando surge esta posibilidad, una parte de la sociedad puede erigirse en clase dominante, caracterizándose, principalmente, por el hecho de verse emancipada de la necesidad de trabajar para poder subsistir.
En tal circunstancia, el trabajo de los obreros se descompone en dos partes. Una parte sigue efectúandose para proveer el sostén de los propios productores; lo denominaremos *trabajo necesario*. Otra parte sirve para mantener a la clase dominante; lo llamaremos el *trabajo sobrante.*
Citemos un ejemplo evidente demostrativo: los esclavos en las plantaciones, ya sea en determinadas zonas y épocas del Imperio romano, ya sea también en las grandes plantaciones, a partir del siglo XVII, en las Indias occidentales o en las islas africanas, bajo el poder colonial portugués. Generalmente, en las regiones tropicales, el dueño no proporciona ni el alimento del esclavo; es éste mismo quien lo ha de producir, los domingos, cultivando un exiguo espacio de tierra. Seis días por semana, el esclavo trabaja en la plantación; es un trabajo cuyo fruto no le pertenece, crea un excedente social que abandona desde el instante de su producción, que pertenece en exclusiva a los señores de los esclavos.
La semana laboral, de 7 jornadas en este caso, se divide en dos partes: el trabajo de un día, el domingo, es un trabajo necesario, para sostener al esclavo y a su familia; el trabajo de los otros 6 días de la semana es lo que constituye el trabajo sobrante, cuyo producto revierte en exclusivo beneficio de los amos, sirve para su subsistencia y, además, para su enriquecimiento.
Otra muestra histórica: las grandes propiedades en la alta Edad Media. Las tierras de estos dominios están distribuidas en tres facciones: los terrenos comunales o de propiedad colectiva, esto es, los bosques, las praderas, los pantanos, etc; la tierra que los siervos cultivan para mantenerse ellos y sus familias; finalmente, las tierras que han de trabajar para sostener a sus señores feudales. Ordinariamente, en este caso, la semana laboral es de 6 días y ya no de 7. Se divide en dos partes iguales: durante tres jornadas cada semana, el siervo de la gleba se ocupa en producir lo que necesita; otras tres jornadas semanales las destina a tierras de su señor, sin ninguna remuneración. El vasallo efectúa un trabajo gratuito a favor de la clase privilegiada, del grupo en el poder.
Podemos definir el producto de estos dos tipos de trabajo tan diferentes con términos también distintos. Cuando el productor realiza el trabajo necesario, crea el *producto necesario.* Cuando, en cambio, realiza un trabajo sobrante, entonces crea excedente de producto social.
El excedente de producto social es la parte de la producción social de que, aún siendo realizada por la clase de los productores, se apropia de la clase dominante, cualesquiera que sean el modo o el medio que emplee para retenerla en su poder: ya sea en forma de productos naturales, ya sea en forma de mercancías destinadas a ser vendidas, ya sea en forma de dinero.
La *plus-valía* no es, por tanto, nada más que la forma monetaria del producto de excedente social. Cuando es exclusivamente en forma de dinero que la clase dominante se apropia de la parte de producción anteriormente denominada excedente de "producto", entonces ya no se utiliza esta expresión para calificarla, sino la de "plus-valía".
Por otra parte, esto no es más que un primer esbozo de la definición de la plus-valía que examinaremos más adelante.
¿cuál es el origen del excedente del producto social? El excedente del producto social se presenta como el resultado de la expropiación gratutita –sin la compensación o el

intercambio de alguna contrapartida en valor- de una parte de la labor de la clase productora, efectuada por el estamento en el poder. Cuando el esclavo trabaja dos días cada semana en la plantación del dueño de los esclavos y todo el fruto de este esfuerzo es acaparado por este propietario, sin ninguna remuneración a cambio, el factor causal de este excedente de producto social es el trabajo gratuito, no pagado, realizado por el esclavo en beneficio de su amo. Cuando el siervo trabaja tres días por semana en la tierra del señor feudal, el origen de esta renta, de este excedente de producto social, es también la labor no remunerada, gratuita, prestada por el siervo.
Comprobaremos seguidamente que el origen de la plus-valía capitalista, es decir, de la renta o beneficio de la clase burguesa en la sociedad de tipo capitalista, es exactamente el mismo: se trata de un trabajo no remunerado, gratuito, proporcionado al capitalista por el proletario, por el asalariado, sin que perciba ningún valor a cambio de su tarea.

Mercancías, valor de uso y valor de cambio

He ahí, por consiguiente, algunas definiciones básicas que emplearemos como instrumentos de trabajo a lo largo de los tres temas que expondremos en el presente curso. Todavía tenemos que añadir algunas más:
Todo producto del trabajo humano ha de rendir normalmente una utilidad, ha de poder satisfacer alguna necesidad del hombre. Puede afirmarse, en efecto que todo producto del trabajo posee un *valor de uso.* Emplearemos este término según dos interpretaciones diferentes. Hablaremos del valor de uso de una mercancía y, también, de los valores de uso. Mostraremos cómo en determinadas sociedades sólo son producidos valores de uso, productos destinados al consumo directo de quienes se apropian de ellos (productores o clase dirigente).
Pero, al lado de este valor de uso, el producto del trabajo humano puede estar asociado con otro tipo de valor, un *valor de cambio.* Puede ser producido no para ser consumido inmediatamente por los proletarios o por el grupo de los privilegiados que monopolizan la riqueza, sino para ser intercambiado en el mercado, para ser vendido. La masa de los productos destinados a la venta ya no constituye una producción exclusiva de valores de uso, sino una producción de *mercancías.*
Así pues, la mercancía es un producto que no ha sido creado para ser consumido directamente, sino que su finalidad consiste en ser cambiado en el mercado. *Por lo tanto toda mercancía ha de contener simultáneamente un valor de uso y un valor de cambio.*
Ha de poseer un valor de cambio, porque, de lo contrario, nadie la adquiriría. Sólo se compra con la intención final de consumir, de satisfacer una necesidad. Si una mercancía no presenta ningún valor de uso resulta invendible, inútil, no tiene valor de cambio, precisamente porque carece de valor de uso.
Sin embargo, todo producto que posee un valor de uso no siempre tiene un valor de cambio. Este valor de cambio le vendrá, principalmente, del hecho y en la medida de ser producido por una sociedad fundamentada en el intercambio, una sociedad que practica generalmente el intercambio.
¿Existen sociedades donde los productos no comporten un valor de uso? En el fondo del valor de cambio y, con mayor motivo aún, en la base del comercio y de la práctica de mercado, se halla un grado determinado de división del trabajo. Para que unos productos no sean inmediatamente consumidos por sus propios productores, es preciso que no todos los individuos elaboren un único e idéntico género o artículo. Si en una comunidad concreta no existe una división del trabajo o ésta aparece en estado rudimentario, es evidente que no hay razón para que surja el intercambio. Normalmente, un productor de trigo no tendrá nada que pueda ser objeto de permuta con otro productor del mismo cereal. Pero, desde el momento que hay división del trabajo,

cuando se establece contacto entre grupos sociales que elaboran materias con un valor de uso diferente, el ejercicio del cambio puede manifestarse inicialmente, en circunstancias esporádicas con la posibilidad de una ulterior generalización. Desde aquel instante, aparecen paulatinamente junto a los productos destinados al mero consumo, otros productos creados para ser intercambiados, *las mercancías.*

La producción mercantil y la producción de valores de cambio han conocido su más amplia expansión en la sociedad capitalista. Es la primera sociedad histórica donde la mayor parte de la producción está compuesta de mercancías. Aunque no todo el trabajo, dentro del sistema capitalista, está proyectado con una finalidad comercial. Dos categorías de productos continúan siendo valores tan sólo para el uso.

En primer lugar, todo cuando producen los campesinos para su autoconsumo en el área de las haciendas y casas rurales. Esta producción para el abastecimiento de los propios agricultores y granjeros se encuentra hasta en los países capitalistas más avanzados, como p.e., en los Estados Unidos; pero constituye una ínfima porción de la actividad agrícola total. En general, cuanto más retrasada está la agricultura de un país mayor es la fracción de la producción agrícola reservada al autoconsumo, lo que dificulta en gran manera el cálculo exacto de la renta nacional.

Una segunda categoría de productos que siguen siendo valores sólo de uso y no mercancías en un régimen capitalista son los frutos de las labores domésticas. Aunque supone y exige un gran acopio y desgaste de energías humanas, este trabajo en el hogar produce valores de uso y no mercancías. Preparar una sopa, barrer la casa, coser un botón son actividades productivas, pero no pretenden la comercialización o el lucro.

La aparición, luego la regulación y la posterior generalización de la producción de mercancías, ha transformado radicalmente la forma de trabajar y el modo de organización de la sociedad humana.

La teoría marxista de la alineación

Todos, más o menos, tenéis referencias sobre la teoría marxista de la alineación. La aparición, la regularización, la generalización de la producción mercantil están íntimamente vinculadas con la difusión de este fenómeno de la alineación.

No podemos analizar extensamente ahora este aspecto de la cuestión. Pero es extraordinariamente importante conocer y comprender este hecho, porque la sociedad mercantil no abarca solamente la época del capitalismo. Contiene asimismo la *pequeña* producción mercantil que estudiaremos más adelante. Hay también una sociedad mercantil postcapitalista, la sociedad de transición actual, que permanece aún ampliamente fundamentada y establecida sobre la producción de los valores de cambio. Cuando de descubren y entienden algunas de las características esenciales de la sociedad mercantil, se puede también comprender el motivo de la imposible superación de algunos fenómenos alienadores mientras dura el período de transición entre el capitalismo y el socialismo, como es el caso de la URSS contemporánea.

En cambio, este hecho de la alineación no se da, lógicamente, por lo menos de esta manera, en una sociedad que desconoce la producción mercantil, donde hay una unidad entre la vida individual y una actividad social completamente elemental. El hombre trabaja y, ordinariamente, no trabaja solo sino en conexión con una colectividad más o menos orgánica. Este trabajo consiste en transformar directamente cosas materiales. Es decir, que la actividad del trabajo, de la producción, del consumo y de las relaciones entre el individuo y la sociedad, están regulados por un cierto equilibrio más o menos permanente.

Realmente no está justificado embellecer la sociedad primitiva, sujeta a presiones y catástrofes periódicas a causa de su extrema escasez de recursos. Constantemente el